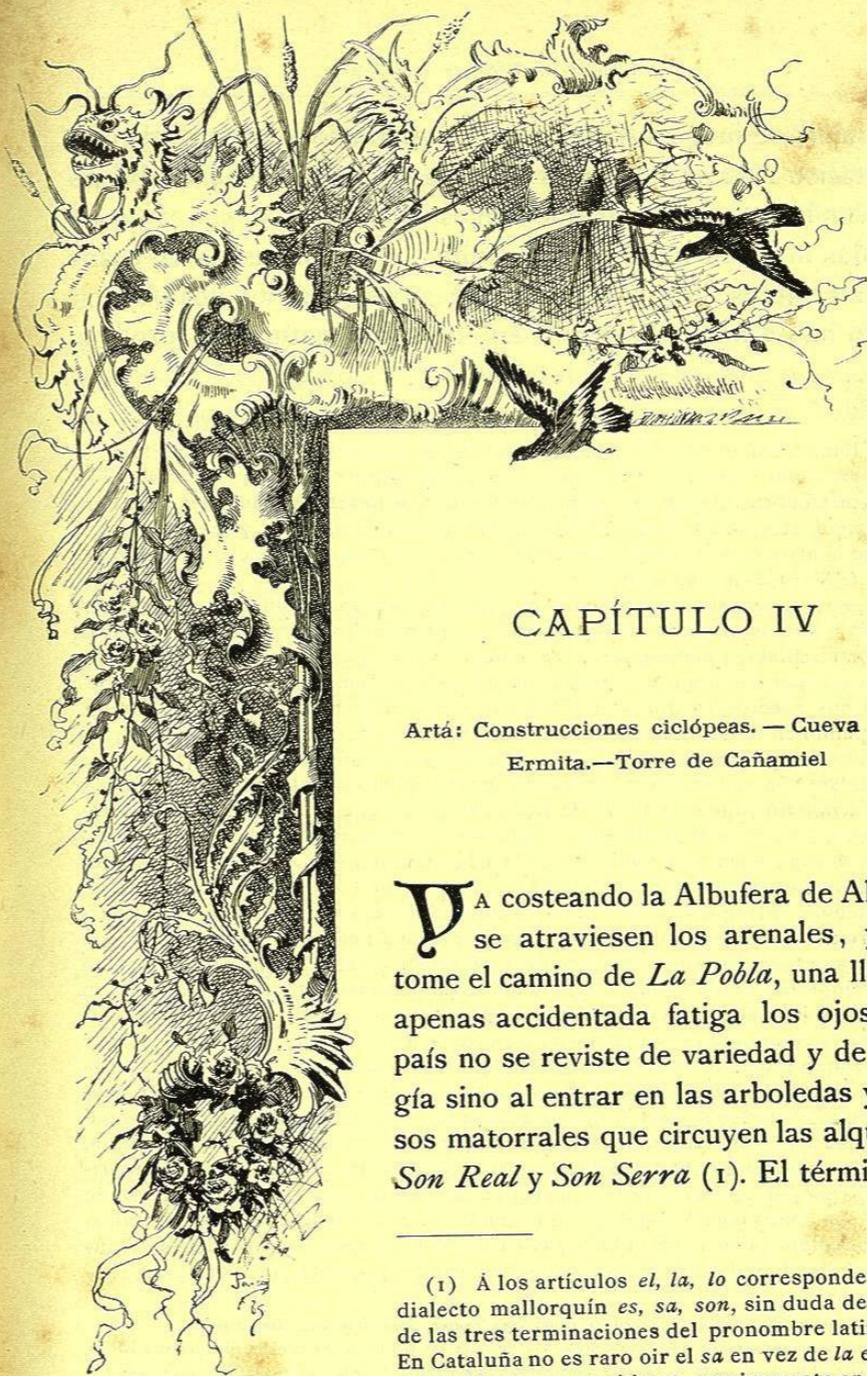


bio tendido al rededor á la sombra de las murallas y salpicado de arrabales; es sí un terreno ambiguo, donde á medida que con la proximidad se acentúa el ascendiente ciudadano, pierde el carácter campesino su vigor y amortíguanse sus tintas. Marratxí constituye por sí municipio (a); pero sus tres mil quinientos habitantes viven la mayor parte en caseríos diseminados por las vertientes, ó cultivan los almendrales y viñas de la llanura, donde conservan sus cuadradas torres las posesiones de la antigua nobleza. Quizá, tomando nombre de alguna colonia *marroquí*, estuvo incluído el término en el distrito de la ciudad sarracena, ó sea en el que formaba uno solo allende la Riera hasta las costas occidentales de la isla (b): por lo menos fué, como toda aquella gran porción, de pertenencias del obispo de Barcelona. Á fuer de villa de tercera clase, no enviaba representante al grande y general Consejo sino cada dos años: en lo eclesiástico dependió del de Santa María desde 1369 á 1636, y al separarse fué asignada por parroquia la iglesia desde antiguo dedicada á San Marcial y objeto de entusiasta culto, renovada en 1714 con dos torreones en la fachada, que descuellan entre pinos en agreste soledad. Solamente los domingos y fiestas acuden de Marratxí, de Pórtol y de los restantes grupos los feligreses, y una vez al año sube á mezclarse con la payesía de los contornos el pueblo pamesano para festejar al santo con alegre romería.

(a) Va incluído aquí entre los del partido judicial de Inca, igualmente que el de Santa María, aunque los dos pertenezcan al de la capital, á fin de completar el itinerario de la zona del centro.

(b) Sobre este distrito véase lo dicho al final de la adición del 1.º cap. de la 3.ª parte, pág. 966.



CAPÍTULO IV

Artá: Construcciones ciclópeas. — Cueva de la Ermita.—Torre de Cañamiel

VA costeando la Albufera de Alcudia se atraviesen los arenales, ya se tome el camino de *La Pobla*, una llanura apenas accidentada fatiga los ojos, y el país no se reviste de variedad y de energía sino al entrar en las arboledas y densos matorrales que circuyen las alquerías *Son Real* y *Son Serra* (1). El término de

(1) Á los artículos *el, la, lo* corresponden en el dialecto mallorquín *es, sa, son*, sin duda derivados de las tres terminaciones del pronombre latino *ipse*. En Cataluña no es raro oír el *sa* en vez de *la* en algunas poblaciones marítimas, precisamente en las que tomaron bastante parte en la conquista de Mallorca. Pero, como observó muy bien Jovellanos, el *sa* y el *son*, cuando se aplican á predios ó granjas, tienen un uso constante y arreglado á la significación del nombre que acompañan. Los predios

Artá aparece luego agradablemente quebrado y cubierto de una vegetación más variada, y el buen aspecto de la villa acaba de renovar la imagen de las que hemos recorrido.

Mas ni á su aspecto ni á su cultivo debe las visitas de cuantos extranjeros llegan á Mallorca: otros son los dos objetos que lo hacen notable (a); y si en el uno la naturaleza prodiga

que se llaman con el nombre femenino del lugar ó terreno donde están situados, llevan *sa*, como *S'Aresteta*, *Sa Cova*, *S'Elia*, etc.; los que se señalan con el apellido de sus poseedores, llevan *son*, como *Son Serra*, *Son Mesquida*, *Son Lluís*, *Son Mas*, *Son Sampol*, etc. (a). Esta segunda aplicación es muy expresiva, pues entonces el artículo neutro, que es un semipronombre posesivo, equivale á esta locución: *lo que es de Serra*, *lo de Serra*, etc.

(a) No es que Artá no lo sea sin embargo por su importancia, por su naturaleza y por su historia entre las poblaciones principales. Bastaría para llamar la atención su dilatada península, rodeada de mar por tres lados y separada del resto de la isla por las llanuras de Santa Margarita y de Manacor, con las cuales contrastan sus cordilleras que se multiplican y cruzan dentro de aquel cuadrado, encrespando en todas direcciones sus costas. Hízose fuerte en el quebrado país muchedumbre de sarracenos, á los cuales el joven conquistador, dejando para más adelante la reducción del mayor número en las montañas de Almaluig y Sóller, acometió á fines de Marzo de 1230: empresa que relata Jaime I en su crónica cap. 99 á 103, y Marsilio en el 38 de la suya, mencionando los escondrijos ó cuevas, á cuya boca se prendió fuego en los matorrales con los combustibles descolgados desde lo alto de la peña. Al cabo de ocho días capitularon en domingo de Ramos, entregándose por cautivos mil quinientos moros, con diez mil bueyes y treinta mil ovejas, si no hay exceso, y copiosa provisión de trigo y cebada que habían recogido. Aquel distrito de Yartán tocó en el repartimiento al rey y á sus porcioneros: uno de ellos fué el monasterio premostratense de Bellpuig en Cataluña, al cual se dieron ocho alquerías de cincuenta yugadas entre todas (b); y al crearla parroquia de Santa María, confiósela á los monjes en 1240 el primer obispo con la mitad de sus réditos, hasta que cambiaron en 1425 por una villa de Urgel estos cuantiosos bienes y laudemios con Juan Vivot poderoso ciudadano, de cuyos herederos los adquirió desde 1442 el noble Albertín Dameto, transmitiéndose así á sus descendientes el señorío directo y el patronato. La iglesia, recostada en la pendiente del aislado cerro de la villa, trocó más adelante su primitiva forma por anchas bóvedas que retienen el gótico estilo bien que escaso de ligereza; la *almudayna* ó ciudadela, que ceñida de muro ocupaba la aguda cima, y donde residía ya en 1268 el baile Pedro de Montsó recibiendo órdenes del infante D. Jaime heredero de Mallorca desde la capital (c), está convertida en ora-

(a) Ó *Sona* cuando es mujer la poseedora, como *Sona Jaume*, *Sona Avinyona*, *Sona Parets*.

(b) Conserva una todavía con trazas de oratorio el nombre de Bellpuig, que también dieron á una iglesia que en la ciudad tenían durante los tiempos inmediatos á la conquista, y de la cual se perdió en lo sucesivo la memoria.

(c) Consta entre los más antiguos documentos la facultad que otorgó el infante de terminar y decidir sin forma de juicio cualesquiera demandas de mojonos, aguas y pastos, así entre los vecinos, como en queja de la milicia del Temple ó del Hospital ó de otros caballeros.

sus encantos más sublimes, y en el otro el tiempo va deshaciendo lo que hizo la mano del hombre, entrambos concuerdan por las ideas que inspiran, por la gran serie de siglos que representan.

Junto á la villa, entre las reliquias de un encinar, álzanse unos túmulos desmoronados y hundidos en su mayor parte, cuya base, describiendo un considerable círculo, ostenta algunas de las hiladas informes en que grandes pedruscos se sobrepo-

torio de San Salvador, renovado modernamente con esplendidez sobre otro erigido en el siglo xvii. Desde los adarves, que en trances de alarma ó de hostiles desembarcos daban amparo á los habitantes, dominanse á vuelo de pájaro los vistosos techos y desahogadas calles de una población compacta de casi seis mil almas, con otra iglesia de franciscanos subsistente á un extremo, y á todos vientos un radio de hermosas y accidentadas campiñas, salpicadas así de suntuosas quintas como de rústicas granjas, que terminan en imponentes montes ó cortadas peñas, y á trechos, de sudeste subiendo á noroeste, en las azuladas olas, ya del mar vivo, ya de la bahía, que penetran por sus calas ó se estrellan en sus promontorios.

Desde el cabo *Vermei* al de *Pera*, es decir, Piedra, desde *cap-de-Pera* al de *Ferruig*, y desde éste al pico de la *Devesa*, uno de los culminantes del sistema orográfico de Artá, se desenvuelven tales sierras en tres frentes oblicuos á levante, norte y poniente, que presentan de por sí á los fronteros menorquines una extensión de isla considerable, separada de la agrupación de Pollensa y Alcudia por la anchura del golfo. Era demasiado para una sola villa tan dilatado territorio, y dentro de él viene de muy atrás preparada la formación de otras dos, llevada á cabo en esta centuria, Son Servera y Capdepera, que reunen entre ambas con equilibrado aumento un vecindario poco inferior al de su matriz; el litoral de la primera se extiende desde la punta *den Amer* en la marina de Manacor hasta el de la segunda que á un lado y otro del faro de Capdepera abarca una pintoresca y escarpada costa. Ambas iglesias en estructura y fecha no van más allá de modestas sufragáneas: la de Capdepera brotó no há medio siglo al calor del desprendido celo de un anciano extrinuario, y acrisolada ya por duras pruebas morales, espera afirmarse sólidamente; el pueblo crece y se derrama por las faldas del cerro que señorean los molinos, y el paisaje solitario adquiere vida en torno de la ciudadela en que se hallaba hasta muy recientes tiempos encerrado. Todavía subsiste con sus tres puertas, bajando por la espalda de la colina, la amurallada cerca, guarnecida de trecho en trecho de cuadradas torres almenadas, y se apiñan las reducidas viviendas en angosta calle con la humilde capilla en el fondo y la espadaña sirviendo á la vez de vigía: curioso ejemplo de una plaza de armas del siglo xiv, guarnecida al mando de un alcaide por contadas familias. Acaso un día llegue también á erigirse en villa la colonia recién ensayada con objeto de poblar el brazo de la bahía vuelto al sol poniente frente de Alcudia, y los terrenos vedados por los antiguos reyes de Mallorca para sus cacerías; acaso penetre el movimiento hasta en la soledad, donde desde la entrada del corriente siglo se fabricaron su preciosa y linda iglesia unos ejemplares ermitaños con los ricos jaspes á cuyo pulimiento dedican su piadosa industria.

nen unos á otros con desigualdad y con cierto arte rudo y enérgico. Dos trozos de peña mayores que los demás y otro atravesado á manera de dintel componen la puerta baja por la cual debió de pasarse al interior. Inmediatos á ellos vense otros círculos de piedras no menores, de los cuales algunos tal vez nunca se levantaron en pared, antes debieron de formar figuras ó recintos independientes de los túmulos. Iguales vestigios, y muchos de ellos más enteros, duran en otros distritos de la isla, y en particular los del término de Campos revelan limpia é íntegra su forma cónica. La vecina Menorca asimismo los muestra todavía bastante conservados, y con la disposición de sus detalles y dependencias que pueden arrojar alguna luz sobre su destino; y en punto al número no teme la comparación con ninguno de los países donde estos restos antiquísimos perseveran (1). El sello de barbarie que llevan estampado, las moles gigantescas de las más de sus piedras, la obscuridad que envuelve su origen y su aplicación, la época remota que descubren, los esfuerzos que suponen, todo hiela de respetuoso entusiasmo y aun de cierto terror al que los mira, y le hace vacilar antes que salve la barrera que los misteriosos círculos le oponen (2). Mas, ¿á qué genio de la antigüedad turban nuestros pasos al hollar esos montones de piedras? ¿Ó qué sombras, qué pasado, qué idea muerta para siempre, profana el que pone la mano atrevida sobre esas masas, esfinges mudas á quienes en vano se interroga, ó las cuales no responden sino abriendo como un vasto enigma el campo de las conjeturas? Una noche profunda se tiende sobre el pasado de las ideas y de los hechos: las ráfagas que hacen vislumbrar los senderos no centellean sino rápidas y á intervalos, y fuerza es aprovechar su crepúsculo para encaminarse á la verdad.

(1) El Sr. D. Juan Ramis y Ramis, en su excelente opúsculo *Antigüedades célticas de Menorca*, cuenta 195 monumentos ciclópeos en forma de cono, de pirámide ó de torre, sin mencionar las mesas ó altares.

(2) Véase la página 21 de la *Primera Parte*.

En los más de los países donde definitivamente asentaron la raza Pelásgica y sus subsiguientes familias, quedan construcciones de la naturaleza de las baleáricas. La antigua Tracia, la Tesalia, el Epiro, la Fócida, la Beocia, la Argólida y la Arcadia tienen aún las murallas que la posteridad llamó *ciclópeas*, y para cuya edificación pretendió que los fundadores de ciudades se habían valido de un linaje de hombres agigantados. Las islas del mar Egeo, en particular la misteriosa Samotracia y Lemnos, la de Egina y la de Itaca, también las encierran; y cual otra de las colonias de aquella familia antigua del género humano, la Etruria y las islas de Malta, Gozzo y Cerdeña no desmienten el tipo en las numerosas que allí permanecen.

Mas aunque este tipo fué más caracterizado por los Pelasgos y Tirrenos en las fortificaciones y en los grandes recintos, casi todas las civilizaciones, ó digamos mejor, las familias que nacieron y crecieron al rededor del Cáucaso lo llevaron consigo más ó menos alterado á las regiones en donde vinieron á poblar, y la Céltica y su ramificación la Gala fabricaron según él en la Noruega, en la Germania, en la Bélgica y en las islas Británicas.

Tal vez los Fenicios en su civilización no olvidaron de todo punto la manera simple, bárbara y gigantesca de construir, con que sus antiguos vecinos y probablemente hermanos los Pelasgos habían guarnecido de murallas sus poblaciones.

Ya sea esta la verdad, ya los Etruscos mantuviesen de más antiguo relaciones con la costa oriental de España, ya se deban á la población indígena Éuskara, ó bien á la Celta, hay en Cataluña construcciones ciclópeas rivales de las que aún pasman al viajero en Tirintho y en Micenas, bien que pertenecientes á épocas distintas, y de ellas la más imponente, coronando por la parte de levante y norte la cresta de la colina sobre la cual Tarragona está fundada, como base ancha y firmísima sostiene sobre sus hiladas de peñascos la fortificación romana, la goda y la moderna (1).

(1) Véase la página 467 del tomo II de *Cataluña* (nueva edición) donde tratamos este asunto con alguna ligereza mayor que ahora.

Así una identidad de razas une en los varios puntos del globo estas obras primitivas; y concretándonos á las que se ven en las islas mencionadas itálicas y españolas, á favor de una ligera ojeada á su situación geográfica, la semejanza que las más guardan entre sí revela la mano de un mismo artífice. Mas, ¿habremos de ver en ella un testimonio del movimiento de la familia Pelásgica? ¿Serán otro de los vestigios que dejó la Céltica en su índole errante y aventurera? ¿Ó deberán considerarse como productos de la navegación fenicia? Las tradiciones y los sucesos históricos hermanan estas suposiciones; pero los restos y las memorias, al paso que acaban de establecerlas, las deslindan y aclaran.

El tipo Pelásgico y Tirreno domina en los recintos colosales que están demarcados en el suelo de Malta y de Gozzo más bien como accidentes de la naturaleza que cual obra del arte: tan grandiosos son sus materiales. Pero en la segunda de estas islas el monumento llamado *Torre de los Gigantes*, si por la manera de levantar las paredes pertenece al estilo ciclópeo, por su forma y sus detalles se diferencia de las demás ruinas primitivas; y al paso que sus dos templos, delineando cada uno dos salas casi elípticas con una especie de ábside que corta el centro de la segunda, señalan una época más adelantada de la arquitectura, los pocos objetos que en ellos se han excavado inducen á suponerlos consagrados á alguna deidad fenicia.

A medida que las familias humanas se desviaron de su común origen, la luz que Dios había derramado sobre nuestros padres y que conservaron Noé y sus hijos, fué amortiguándose con los delirios de la superstición; la tradición se vició poco á poco, y equivocando la esencia divina y creadora con la creación misma, la naturaleza tuvo su culto y de éste vino á engendrarse la idolatría. Entre los falsos dioses que personificaron las fuerzas elementales y los astros y las potencias siderales, los llamados *Kabiro*s se pierden en la antigüedad más apartada. Tal vez de origen pelásgico, fueron sin embargo adorados

de los Egipcios; pero los Fenicios materializaron en ellos más que ningún pueblo el dogma de la generación eterna en la naturaleza (1). Representábanlos enanos, panzudos, encorvados y arqueadas las piernas, bien como recién nacidos del huevo del mundo, con que simbolizaban la generación y en el cual se les suponía encerrados; mas á esa infancia atribuíanle ya la fuerza viril y la potencia creadora, significándolas con las barbas, la robustez del cuerpo y los cuernos, al paso que la serpiente era su principal atributo de dioses vivientes y activos, y de su esencia no ya envuelta en la redondez del huevo de la eternidad, sino extendida por toda la naturaleza. La navegación fenicia difundió este culto por la costa septentrional del Africa, lo in-

(1) Ningún punto de la mitología ha dado lugar á tantas opiniones é interpretaciones como el de los dioses *Kabiro*s; y esto bastaría para probar la obscuridad que encubre su origen, su número cierto, sus nombres particulares verdaderos, su significado, su aplicación ó relación á otros ritos de diferentes cultos, y los misterios del suyo, si ya la misma no se notase en los autores griegos y latinos. Los alemanes, profundos é incansables investigadores en todos los ramos de la historia, son los que con mayor copia de datos han tratado de estas deidades enigmáticas; y bien que conviniendo en el fondo del mito, explican diferentemente varias de sus circunstancias. Según unos eran cuatro: *Kabeiros*, *Kadmilos*, *Axieros*, *Axiokersos*, nombres según dicen de etimología desconocida; y de ellos uno representaba el pensamiento de los demás, que denotaban la fuerza y el principio generativo en el hombre y en la mujer. Según otros, los *Kabiro*s simbolizaban el naturalismo, de manera que subían encadenados desde el instinto material hasta la sabiduría suprema. En sentir de otros eran ocho: los siete procedían de *Sydick* ó principio del fuego, tal vez el sol; y el octavo hay quien lo apellida *Hephaistos* y le hace equivaler á un tiempo á Marte, Venus y Mercurio, mientras otros le llaman *Esmun* y le dan por equivalente á Esculapio. Sea como fuere, este era considerado como emanación solar, esto es, el aire caldeado por el sol y por consiguiente vivificador de hombres y bestias; por esto llevaba en la cabeza tres ú ocho rayos, y en calidad de dios constructor ó creador empuñaba un martillo. Por estos símbolos tal vez se han visto en él tres divinidades griegas: su principio fecundador ó engendrador se hallaba en Marte y Venus; el martillo se pudo muy bien tomar como arma y emblema de guerra y fuerza; y los rayos de su cabeza y la serpiente que empuña con la otra mano habrán debido conciliarle carácter de medianero en aquella escala del naturalismo. También en los siete, que eran hijos de *Sydick*, se quiere ver los siete planetas: ¿qué sería el octavo, el de origen más dudoso y el que más materia da á las conjeturas? ¿los misterios de Samotracia y Memfis encerrarían un sistema astronómico perdido con la destrucción de la raza sacerdotal primera? La significación de los siete planetas se confirma con la devoción que profesaban á los *Kabiro*s los marinos, que tomándolos por genios tutelares de la navegación ponían sus imágenes en la proa ó en la popa de sus buques.

trodujo con sus colonias en la Bética, y costeano la España lo trajo á las Baleares, de donde ya no debía desaparecer totalmente sino con el imperio romano. La fea imagen de esos dioses se ve en muchas de las medallas desenterradas en estas islas, probablemente acuñadas en ellas (1); y si las más antiguas no ofrecen sino el tipo y los caracteres fenicios, las más modernas ya suavizan los contornos de las figuras y las visten con túnica, y á la par de las letras de aquel alfabeto llevan inscripciones latinas y el busto de aquel mismo emperador Germánico que deseó iniciarse en los misterios kabíricos de Samotracia (2). Aquellos osados navegantes pusieron á las Baleares los nombres primeros con que la historia los menciona; y si el de *Clumba* dado á la mayor aún hoy en día no ha sido interpretado, el de *Nura* que aplicaron á Menorca, reproducido en otras regiones también colonizadas por ellos, ha ocupado al parecer con fruto á los filólogos anticuarios. Abundan en Cerdeña sitios apellidados *la Nura*, *Nora*, *Nurri*, *Nuragus*, *Nuraminis* y *Nurallao*; y si es cierto que en todas estas denominaciones domina la radical *Nor*, que dicen significa *fuego* en los idiomas fenicio y caldeo, y *luz* ó *lumbre* en el hebraico (3), no sin

(1) Véase la excelente memoria que sobre estas medallas baleáricas escribió el distinguido anticuario Alberto de la Marmora, con el título *Saggio sopra alcune monete fenicie delle Isole Baleari* (Turin, 1834).

(2) «Petita inde Eubœa, transmissit Lesbum, ubi Agrippina novissimo partu Juliam edidit: tum extrema Asiæ, Perinthumque ac Byzantium, Thracias urbes, »mox Propontidis angustias et os Ponticum intrat, cupidine veteres locos et fama »celebratos noscendi; pariterque provincias internis certaminibus aut magistratum injuriis fessas refovebat: atque illum in regressu, sacra Samothracum visere nitentem, obvii aquilones depulere». TÁCITO, *Anales*, libro 2.º La isla de Samotracia, de tiempo muy remoto fué célebre por el culto de los Kabiros, y tal vez de ella pasaron á la Frigia y fueron llevados á Italia después de la ruina de Troya. Los misterios kabíricos eran objeto de una iniciación no menos solicitada que la de Memfis; pero probablemente la raza sacerdotal sólo vendía á los extraños fórmulas y ritos convencionales.

(3) «Yo no he indagado el sentido de la voz *Clumba*; mas por lo que mira al »de *Nura*, lo hice pedir años pasados á un sabio profesor de la lengua Hebrea en »la universidad de Valencia, que creo se llamaba Pérez, por medio de un amigo »mío, quien de sus resultas me entregó la contestación, que guardo original, y en »ella se ve que aquella voz significa *luz* ó *lumbre* en el idioma Hebraico, y en el

fundamento se las juzga derivadas ó significativas de alguna práctica religiosa en que el fuego ó la luz tuviesen la principal parte. En esos sitios duran reliquias de fábricas primitivas; y las llamadas *Nuraghe*, amén de la semejanza en la etimología, tienen la de la forma, pues lo mismo que muchos de los túmulos de las Baleares, son construcciones ciclópeas, cónicas, con puerta baja y practicable, bien que algo más perfectas. Y como el principio del fuego fué el centro del naturalismo de esas naciones antiguas, y aun los *Kabiros* ó fuerzas elementares se reputaban emanaciones suyas, no es de extrañar que alguien vea la mano de la civilización fenicia en alguna de estas fábricas, á las cuales ella puso un nombre igual y en cuyos alrededores desenterró la posteridad las medallas que prueban y recuerdan el más misterioso é ignorado de los cultos idólatras.

Mas si estas inducciones excitan á atribuir algunos de esos vestigios á los moradores de Tiro y de Biblos, la conformidad que los más guardan con otros levantados en los países donde dominó la raza Céltico-gala obliga á considerarlos como monumentos de esta grande y vigorosa familia. Esos túmulos piramidales, aunque no con igual forma, asoman sus cúspides ne-gruzcas entre las nieblas de la antigua Escandinavia, y á par de ellos la disposición simbólica de los círculos y de los triángulos de todas las especies de *Cromlech*, y el agrupamiento ordenado de las masas que se miran y se corresponden, infunden horror y respeto en la Germania, en la Bélgica, en la Bretaña y Normandía; y apareciendo en las islas del mar del Norte, coronan las crestas de la antigua mansión de los Pictos, mientras el Labrador inglés mira con asombro esos *Cairn*, en los cuales las consejas de la comarca le hacen ver recintos peligrosos siempre, vedados y fatales á ciertas horas, frecuentados de los espíritus impuros. También lo mismo que en Menorca subsisten en todos

»Caldeo *fuego*».—D. JUAN RAMIS y RAMIS, *Historia civil y política de Menorca*, Parte 1.ª Véase la memoria citada del caballero De la Marmora, página 22, nota.

esos países los rudos altares y mesas; también aquí, como los *Dolmin* de la antigua Armórica, se componen de peñas gigantes; y lo mismo que los *Menhir* ó *Peulven* de los bretones, pilares monólitos y toscos forman cual bárbaros obeliscos una avenida á los recintos circulares. Ninguna medalla céltica, es verdad, recordando un misterio del culto antiguo confirma esa identidad de origen que las formas demuestran; mas en cambio la historia baleárica hace memoria de un hecho, que á pesar de consignarlo los más autorizados escritores de la antigüedad parecía de todo punto fabuloso, si no hallase alguna explicación en las ideas supersticiosas de otro pueblo de la misma raza céltica. Era fama en tiempo de los romanos que los conejos no eran indígenas de Mallorca, sino que del macho y hembra importados del continente había crecido tanto su especie, que devorando las cosechas introdujeron el hambre en la isla y forzaron á sus moradores á pedir auxilio *militar* al emperador Augusto (1). Ciertó á gran maravilla ha de tenerse que tal auxilio implorasen los que habían sabido rechazar con sus hondas las primeras invasiones de los cartagineses, y después aliados suyos hicieran sentir á los romanos en las guerras púnicas el rigor de sus tiros: ni ¿cómo cabía tan extraordinario aumento en aque-

(1) «Perniciosas habet (Turdetania) bestias ferè nullas, exceptis cuniculis, lepusculis illis terram fodientibus, quos quidam *liberides* nominant: ii enim radices vorantes, stirpibus seminibusque nocent. Idque usu venit per omnem Hispaniam et ad Massiliam usque: quin et insulas infestant, traditumque memoriæ est Gymnesiarum insularum incolas aliquando missis legatis petiisse à Romanis terram sibi habitandam, quod sua se ab animalibus pelli neque eorum multitudini resistere posse dicerent.

«Ad soli ubertatem id quoque accedit commodi, quos iis in insulis non facile noxium aliquod reperitur animal. Nam cuniculos ajunt non esse indigenas, sed ex opposita continente importato masculo et femella, ab hoc principio tantum fuisse procreatum cuniculorum, ut domos etiam arboresque tandem subvertirint, et Romanorum opem Baleares implorare (ut docuimus) coacti fuerint.» ESTRABÓN, *Rerum Geographicarum*, lib. III.

«Leporum generis sunt et quos Hispania cuniculos appellat, fecunditatis innumeræ, famemque Balearibus insulis, populatis messibus, afferentes... Certum est Balearicos adversus proventum eorum auxilium militare à divo Augusto petiisse.» PLINIO, *Nat. Hist.*, lib. VIII, cap. 55.

llos animales, si habían sufrido los efectos continuos de la caza de un pueblo semi-civilizado? Tal vez sus creencias le vedaban ejercerla contra aquella especie; y pues los habitantes de la Inglaterra, una de las familias que con más pureza mantenían entonces la sangre celta, tenían por ilícito comer liebre, gallina y pato, á los cuales criaban sin embargo por placer y deporte (1), bien hemos de buscar la misma causa al hecho de los Baleares, cuanto más siendo su culto en esa sazón el mismo que en la mayor parte de los países indicados profesaban las gentes de su raza. Una vez arraigado el naturalismo, los símbolos más expresivos de las fuerzas de la tierra debieron ser los árboles, el agua y el fuego, y éste en particular alcanzó muy notable parte en los dogmas y en los ritos. Celtas, Galos y Bretones colocaron la residencia de su divinidad en lo hondo de las selvas vírgenes del antiguo mundo; en ellas habitaban los Druidas, tal vez por esto así llamados (2); cubriendo con las tinieblas de la noche los misterios de aquella religión sombría, al resplandor de las hogueras penetraban en los recintos sagrados, en los *mall* y en los *cromlech*; y pues juzgaban que la influencia de la luna nueva ó del plenilunio era favorable á sus ceremonias y asambleas, bien como gente que hacía preceder la noche al día, en todas habían de brillar los fuegos encendidos por los sacerdotes, á un tiempo árbitros, médicos y maestros suyos. De esta manera, si en la denominación *Nura*, con que la menor de las Baleares fué llamada por los Fenicios, y en los varios nombres de sitios de Cerdeña, domina la radical que denota luz ó fuego, lugar hay á sospechar que á esos navegantes movió á

(1) «Britannicæ pars interior ab iis incolitur, quos natos in insula ipsa memoria proditum dicunt:... leporem et gallinam et anserem gustare fas non putant; hæc tamen alunt, animi voluptatisque causa.» CÉSAR, *De bello gallico*, lib. V.

(2) «El nombre de *druida* es *derwidd* en idioma kímrico, y se deriva del vocablo con que los Galos designaban el roble que es *deru* en kímrico, *deru* en armórico y *duer* en gaélico. También es muy de notar que Diodoro Sículo traduce *druidas* con la voz *saronides* que significa *hombre de los robles*.» MALTE-BRUN, *Précis de la Géographie universelle*, tomo 3, descripción de la Francia.